

grande. Si le quisieres negar lo util, concederé que para tí no lo será: pues por mas que esfuerce mis razones, no podré desengañarte de las muchas sim- plezas, que te ha metido en el cerebro el descamina- do juicio del vulgo. VALE.

VIRTUD APARENTE.

DISCURSO PRIMERO.

§. I.

CAsi à un paso andan fugitivas de los ojos humanos la virtud, y la maldad. Aquella se oculta debaxo del velo de la modestia: esta se esconde trás del parapeto de la hypocresía. El vicioso pinta en el semblante la virtud, el virtuoso la despinta.

2 Es en el Mundo mucho mayor el número de los hypocritas de lo que comunmente se piensa. No hay vicio tan trascendente. Todos los malos son hypócritas. Parece paradoxa. ¿No hay hombres (me dirás), que hacen gala del vicio? Respondo, que sí; pero no de todo vicio. Descubren aquella parte del alma, que no pueden esconder, y con la jactancia se defienden de la confusion. Ponen corona al vicio, porque no desautorice la persona. Aunque es peor la maldad arrogante, que la tímida, esta es desprecia- da, aquella temida. Una pasión muy dominante rompe to- dos los reparos de la cautela, y en esta situación, no pu- diendo el delinquente evitar con el disimulo el odio, pro- cura grangear con la sobervia el medio. Es esta una nueva hypocresia, con que desmiente su propia conciencia. Feo es el delito à sus ojos, y quiere con la gala, que le viste, des- lumbrar los agenos. Para que el comun no insulte al que es conocido por malo, no hay otro arbitrio, que sacar al pú- blico la culpa armada de osadía.

3 Pero observa bien à esos mismos, y hallarás que al mismo tiempo procuran esconder otros vicios, que tienen, y ostentar virtudes, de que carecen. Confesarán, que son incontinentes, pródigos, ambiciosos, osados: pero bla- sonarán de agradecidos à sus bienhechores, constantes en

sus amistades, fieles en sus promesas. Es cierto que el vicio de la ingratitude es comunisimo en el Mundo. Con todo no hallarás hombre alguno, que sobre este capitulo no se justifique. Lo mismo digo de la mendacidad, de la perfidia, y otros vicios. Luego, si bien se mira, no hay vicioso alguno que no sea hypócrita. No hay que pensar que el vicioso descubierto no tenga mas manchas, que las que están en la superficie. No habrá virtud que no atropelle, quando ésta le sirva de estorvo, ò el vicio opuesto de instrumento para el lógro de la pasion que le domina. ¿Piensas que el muy lascivo, por mas que preconice su inocencia en materias de justicia, si le falta el proprio, no se valdrá del dinero ageno para comprar el deleyte torpe? ¿Qué el ardiente ambicioso, por mas que clamoree su gratitud, no volverá la espalda al bienhechor, quando esta ruindad sea obsequio, respecto de aquel, que puede elevar à otro grado superior su fortuna?

4 De suerte, que es rarissimo el perverso, que además de aquellos vicios sobresalientes, que descubre à mas no poder, no adolezca de otro, ò de otros, que pretende ocultar. Y en caso que no reynen en él otras pasiones, que aquellas que por muy vehementes se vienen à los ojos, estas bastan para hacerle caer en las culpas, que son objetos de otras pasiones distintas, quando estas las considere medio forzoso para el lógro que aquellas. Ciertamente Alexandro no era de índole cruel; con todo tuvo acciones crueles, como fueron la muerte de su amigo Clito, y la del Phylosofo Calisthenes. Eran sus pasiones dominantes la vanagloria, y la soberbia. Víctima de aquella fue Clito, porque preferia à las acciones de Alexandro las de su padre Philipo; y de esta lo fue Calisthenes, porque persuadia à los demás que no adorasen à Alexandro, como hijo de Jupiter.

5 A veces se ostenta el vicio por política, en atención à que se saca de él algun emolumento. Tal hombre se finge vengativo, sin serlo, porque el temor de la venganza retira à los demás de la ofensa. Esto es mas freqüente, quando

do la maldad es meritoria con los que mandan. Si fuera amante de la Justicia Seyano, nunca gozara el favor de Tiberio; ni siendo continentes, y modestos arribaran al valimiento de Nerón, Tigilino, y Petronio. Es de cteer, que por el motivo de complacer à Principes malvados haya habido politicos, que hypócritas al revés, fingiesen vicios que no tenian, y (lo que es peor) para comprobarlo llevasen reluctante la voluntad à los propios desórdenes que aborrecian. Quando se hace merito del delito, en vez de aquella hypocresia propriamente tal, que contrahace la virtud, se estudia con otra hypocresia inversa, que finge la maldad.

7 Empero estos mismos afectarán parecer veraces, fieles, constantes, agradecidos. Nunca habrá alguno que no disimule los vicios opuestos à aquellas virtudes constitutivas de los que llamamos hombres de bien. Y así, en orden à estas virtudes, son innumerables los hypócritas.

8 No niego yo, que cabe muy bien estar los hombres dominados de unos vicios, y no de otros, porque esto depende en gran parte del temperamento, el qual radica unas pasiones mas que otras. Estè se dexa llevar sin freno de la incontinençia, pero aborrece el hurto: aquel se entrega à la glotonería, y embriaguez, pero mira con horror la perfidia. Es así; pero su ojeriza à estos vicios no durará, sino entretanto que no los haya menester para desahogar su pasion en los otros. Catilina, en sus primeros años no mostró otras pasiones, que las de incontinente, ostentoso, y pródigo; pero habiendole reducido estos vicios à pobreza, y no pudiendo por esta razon continuarlos, tomó el desig-nio de tyranizar la Republica para salir de la indigencia. Así se hizo ambicioso, feróz, cruel, desapiadado, pérfido.

9 Soy de dictamen, que nadie se fie mucho de estos, que se llaman hombres de bien, si los vé muy poseídos de algunas pasiones. Aquel vicio, que los tyraniza, tiene para ellos razon de último fin, à quien ordenan todas sus atenciones; ò de idolo, à quien, si la ocasion lo pide, sacrifican todos los demás respetos. No pretendo que no haya algu-

una excepción: puede el horror natural à un vicio superar la inclinacion que hay à otro. Mas yo en todo caso entregaré mi confianza à aquel, que por el santo temor de Dios en todas materias tiene cuidado de su conciencia, antes que à aquel, que solo por disposicion natural del temperamento, ó por punto de honra practica aquellas virtudes, que se llaman proprias de hombres de bien. El temperamento depone su resistencia, quando lo pide la otra pasion, que le arrastra. La honra no influye, quando se cree que la ruindad no ha de ser conocida: el temor de Dios siempre obra.

10 Es caso bien notable el que refiere la famosa Magdalena Escudery en sus Conversaciones Morales de un hombre, que expuso la vida en tres desafios por un amigo suyo; pero habiendo este despues pedidole en empréstito una corta cantidad de dinero, que necesitaba, se le negó. Quién creyera, que el que en repetidas oraciones antesgaba por su amigo la vida, le faltase en cosa de tanta menor importancia. Es el caso, que era tan intrépido, como aváro, ó tenia por menos preciosa la vida, que el dinero. Encontróse su amistad con su pasion, y la avaricia, como mas poderosa, hizo dejar la fineza. La mayor ceguera, que los hombres padecen en sus confianzas, es la de fiar de aquellos à quienes experimentaron infieles con otros. Este es un error, que todos condenan, y en que casi todos caen. Entrego mi secreto al que me capró la gracia, revelandome el ageno. Doy mi amistad al que en obsequio mio abandonó el amigo que antes tenia. Esto depende del amor proprio, y concepto superior que hacemos de nosotros mismos. Cada uno juzga en sí proprio un atractivo mas poderoso, en virtud del qual tenderá fixamente atado à su corazon aquel, que con los demás ha sido infiel. Piensa que es fuerza singular del su merito la que le hizo abandonar al bienhechor, ó al amigo. Tan lleno está de sí mismo, que no cabe en su imaginacion ni aun el rezelo de que en otro hallará merito mas alto, à quien haga de su amistad el mismo sacrificio. Los Principes,

pes, y Grandes, como la costumbre de ser adulados los hace mas presuntuosos, son los que con mas frecuencia caen en este lazo. ¡O cuántas veces se vé en las Aulas premiada con la elevacion la alevosía! Aquella máxima de que agrada la traycion, mas no el traydor, está recibida de todo el Mundo en la teorica; pero tiene poquissimos Sectarios en la práctica. Desagrada el traydor à quien desagrada la traycion; pero el que se interesa en la traycion mira con buenos ojos al traydor. Esto se compone con dar à las cosas otro nombre. A la traycion se llama obsequio, y al traydor amigo. Juntamente se interpreta, que intervino algun fin honesto; y en caso de no poder discurrirse otro que el de la conveniencia, se alaba la habilidad de elegir el mejor partido. Grande excepcion de esta regla fue Isabela de Inglaterra. Un infiel Español le vendió por precio señalado una Plaza en los Países Baxos; y habiendo pasado, por evitar la pena merecida, à vivir en sus Dominios, se le ofreció, como hombre hábil que era para la guerra, à servirla en qualquier empléo. Respondió la Reyna: *Andad, que quando bay menester hacer alguna traycion, yo me serviré de vos.*

§. II. Os hypócritas perfectos son pocos. Llamo hypócritas perfectos aquellos, cuya superficie toda es devocion, y el fondo todo iniquidad: aquellos, segun el dicho del Satyrico:

Qui Curios simulant, & bacchanalia vivunt.

No hay que admirar que sean pocos estos, no obstante ser el camino de la hypocresía el mas breve, que hay para el Templo de la Fortuna. Son pocos los que tienen la robustez de espíritu necesaria para una vida tan trabajosa. Concibase quanto se quisiere ardua la virtud, mas penosa es la fingida, que la verdadera. Es menester un continuo estudio, inseparable de un continuo afan: una vigilancia infatigable en reprimir las irrupciones de la alma, que sin intermision pretende campear hácia fuera. No hay pasion, que

como fiera atada no forceje por romper las prisiones, en que la pone el disimulo. No late menos la facultad animal del corazon en el semblante, que la vital en la arteria. Su movimiento interno es como el del relox, que tiene afuera voz que le publica, y mano que le señala. No hay palabra, no hay accion, que si no se rige con contrario impetu, no siga el impulso de aquella animada máquina. Solicitan importunamente à los ojos la curiosidad, y la lascivia: brama por desahogarse en la voz, y en el ceño la impaciencia: la chocarrera oída con gusto provoca à la risa: llama la injuria à la venganza: la lengua, y el oído están mal hallados con el silencio: no hay miembro, que à su pesar no se haya de dexar regir hácia la representacion de compostura: son infinitas las cuerdas de que se compone la harmonía de un exterior modesto, y todas deben estar violentamente tirantes: à las puertas de todos los sentidos dan continuas aldabadas los aperecidos objetos. ¿Qué fuerza hay bastante à resistir tantos impulsos, ó manejar à un tiempo tantas riendas?

13. Añádese à esto el susto de ser cogidos en la trampa. En quantos ojos la circundan, otras tantas espías enemigas temen. Bien conocen la dificultad de conservar siempre inaccesible el alma à la observacion agena. Por mas que se cierran las ventanas, quedan en imperceptibles descuidos innumerables resquicios. Quando logren engañar la multitud, no faltan espíritus trascendentes, que distinguen, en qualquiera parte que se halle, lo natural de lo artificioso. Por mas que la afectacion remede la realidad, una, y otra tienen sus notas, bien que inexplicables, perceptibles: un caracter especial, que se sujeta à la inteligencia, y se niega à la voz. El mismo cuidado de ocultar el alma la hace visible, porque es visible la cautela, y es visible tambien que los corazones inocentes no usan de este estudio. Todo hombre muy circunspecto se hace sospechoso. El que está asegurado de su conciencia obra, y habla con abertura. Ni le aprovechará al hipócrita ponerse à imitar aquella nativa franqueza. Nunca acertará con el punto debido. Siempre los

los que tienen conocimiento distinguirán entre el original, y la copia. Asi yo creo, que hasta ahora no hubo hipócrita, que acertase à engañar à todo el Mundo.

14. ¡O quanto más barato les saldría à los hipócritas tomar el camino de la virtud verdadera, que seguir el de la fingida! Aquella concede al espíritu muchas treguas, y le dispensa muchas dulzuras. La ficcion de la virtud le obliga al continuo afan de salvar la apariencia. Es fábrica en el ayre, que dará en tierra, si un momento se descuida en arrimar el hombro.

15. Dirasme, que con el tiempo se llega à hacer habito de la ficcion, y entonces ya en fingir no hay dificultad. A la verdad dudo, que la costumbre pueda tanto. Donde el arte lidia con toda la naturaleza, no pienso que llegue el caso de que aquella logre cabal el triunfo: antes juzgo que siempre esta quedará con algun residuo de fuerzas para repetir sus asaltos. Sucede tal vez al mas consumado hipócrita lo que à la gata, convertida en dama, de la Fabula de Esopo. Estaba con muy estudiada compostura à la mesa, quando se apareció en la sala un raton, y llevada de aquel natural impulso, que precede à toda advertencia, à toda fuerza se arrojó con escandalo de los circunstantes à la presa apetecida.

16. Pero dado caso que el largo exercicio de fingir venza toda la dificultad, no por eso es menor el yerro del hipócrita. Con menos trabajo se hará familiar la virtud, y en menos tiempo que la ficcion. Aquella es segun la inclinacion del hombre en quanto racional, y solo le contradice como sensitivo; esta, asi à lo racional, como à lo sensitivo, es violenta. En el país de la virtud es la alma en parte doméstica: en el de la ficcion, totalmente peregrina. Luego mas fatiga tendrá en connaturalizarse la ficcion, que la virtud.

§. III.
17. **H**AY no obstante cierto linage de hipócritas, que viven sin fatiga, y engañan con facilidad, porque las apariencias, que tienen de virtud, en parte se de-

ben al estudio, y en parte al temperamento. Carecen de unos vicios, y esconden otros; ò pocas virtudes que tienen, sirven de capa à mayores vicios que ocultan. Asi se puede decir, que los hypócritas perfectos, de que acabamos de hablar, no se mueven sino à fuerza de remo. Los que ahora vamos à examinar son ayudados del viento.

18. Verdaderamente el público usa de un interrogatorio muy diminuto en las informaciones que hace de la virtud agena. El que se justifica sobre ciertos determinados capitulos, sin tropiezo pasa por un gran lleno de virtudes. Emilio (quiere darle este nombre) es reglado en la mesa, moderno en la conversacion: no tiene mas comercio que el preciso con el otro sexo: asiste al Templo frecuente, y devoto. No ha menester mas para que respete su virtud todo el Pueblo. Sin embargo yo sé que este mismo Emilio con pleytos injustos oprimió algunos vecinos suyos. Veole solicitar honores y riquezas por todos los medios posibles. Qualquiera leve injuria, que reciba la estampa con caracteres indelebles en la memoria. Aunque está bien surtida su casa, no parecen pobres à la puerta. Asiste à la murmuracion, y con mucho mas gusto, si cae la nota sobre sugetos de mérito sobresaliente, que le puedan disputar la estimacion pública. Favorece pretensiones injustas de sus aliados, ò dependientes. Quando se trata de alabar, ò vituperar à otros, la parcialidad es el único mobil de su lengua. No aprecia la virtud de otros; y si por algun camino le incomoda, quanto está de su parte la desautoriza. Noto sus cultos hácia los poderosos, y sus sequedades con los humildes. En fin, apenas se vé movimiento en este hombre, que no vaya directa, ò indirectamente hácia el interés proprio, aunque se ofrezca atropellar en el camino el derecho ageno.

19. Con todo, el vulgo le tiene por justo, religioso, y devoto. Aquellas pocas virtudes hacen espaldas à un grueso esquadron de vicios. Tiene anidadas en el pecho la ambicion, la avaricia, la soberbia, la envidia, el odio; pero nada de esto se le entra en cuenta. La falsa brillantéz, que en la superficie producen su continencia, y templanza,

deslumbra los ojos del público. Parece que este solo tiene por delinquentes los deleytes corporeos, y toda la maldad la reduce à la accion de dos, ò tres sentidos. El demonio no es gloton, ni lascivo, ni es capaz de otro alguno de aquellos vicios, cuya execucion depende de las potencias materiales; mas no por eso dexa de ser en lo moral la peor de todas las criaturas.

20. La injusticia de este dictamen es mas visible en el otro sexo. Una muger con ser casta, juzga que tiene llenos todos los números de la virtud; ò con poseer esta virtud sola, juzga que le son licitos todos los demás vicios. Asi, teniendo bien hechas las pruebas en esta materia, puede ser arrogante, embidiosa, impaciente, soberbia. Y aun hay mugeres, à quienes la seguridad de su fama en punto de pureza hace insufribles, y feroces. ¡O quàn molestas son estas à los pobres maridos! Vendenles à muy alto precio la lealtad, como si no se la debieran de justicia. No falta quien escriba, que por este motivo dió libelo de repudio Paulo Emilio à su primera Esposa, la noble, casta, hermosa, y fecunda Papyria. Plutarco cuenta de un Romano, à quien, culpandole sus amigos de haberse divorciado con una muger casta, de bellas dotes de alma, y cuerpo, descalzó uno de sus zapatos, y mostrandole, les dixo: *¿Veis qué bien hecho, nuevo, y hermoso está? pues acaso por eso mismo me aprieta, y lastima el pie.* Quería decir, que las buenas prendas de su muger la hacian orgullosa, y por tanto insufrible.

21. Confieso, que no puedo sufrir la gran distincion que se hace en el Mundo entre los vicios, que pertenecen à una misma especie, solo en atencion à los diferentes medios de que se usa en su execucion. Es no solo ladron, sino hombre ruin, y vilísimo, el que entrando clandestinamente en la casa agena, roba el dinero, y la alhaja. ¿Por qué no merecerán los mismos epithetos el que en una demanda injusta, usando de la trampa, usurpa lo ageno; el Mercader, que pide sobre el justo precio; el que engaña en la calidad de lo que vende; el Oficial, que se paga en mas de lo que merece su trabajo; y mas que todos el Juez, que admi-

te el soborno? ;Qué diferencia hay de aquel à estos? Todo es hurto, y Dios todo lo ha de castigar del mismo modo, sin atender al medio de que se usó, sino à proporcion del perjuicio que se hizo al próximo. Sin embargo, innumerables de estos pasan por muy buenos Christianos. No solo eso; pero si rezan muchos Rosarios, oyen Misa todos los dias, y tienen la insolencia de freqüentar los Sacramentos, aunque no restituyan un maravedí de quanto usurpan, son venerados como ilustres dechados de virtudes.

22 No obstante que estos parezcan unos monstruos compuestos de virtud y maldad, nada hay en ellos que no sea muy conforme à la naturaleza. Virtudes, y vicios tienen un mismo origen; esto es, el temperamento de los sugetos. Asi como no hay tierra tan infeliz, que solo produzca plantas venenosas, tampoco hay complexion tan viciada, que solo radique inclinaciones perversas. En ningun individuo es la naturaleza tan enemiga de la razon, que en todo se le oponga. Apenas se hallará hombre, cuyo apetito no sea limitado en quanto à las especies de los objetos. Este es solicitado de la gula; pero ningun atractivo tiene para él la incontinencia. Aquel arde en ansias de ser rico; pero no hay para él otro placer que la posesion de un tesoro. Al otro le domina la soberbia, y vanagloria; y como logre las adoraciones que busca, ninguna otra pasion le inquieta.

23 A esto se añade, que como el vicio es tan feo, ningun dexo de aborrecer aquellos vicios, que no symbolizan con sus inclinaciones, y de amar por consiguiente las virtudes opuestas. De aqui es, que los hombres comunmente vivimos reciprocamente escandalizados unos de otros. Miramos el delito ageno en su proprio color, y figura; el proprio en la infiel imagen, que hace de él nuestro apetito. En aquel vemos lo horrible; en este lo delectable. La pintura, que hace la pasion del vicio, es como la que hizo Apeles del Rey Antigono. Faltabale à aquel Monarca un ojo, y el ingenioso Pintor formó la imagen del perfil, mostrando el rostro solo por la parte que carecia de defecto. Asi ladea la pasion el vicio proprio, descubriendole por la parte donde

está el deleyte, y ocultandole por donde está la torpeza. A ageno se le dá positura totalmente contraria.

24 Contemplo algunas veces, no sin movimientos de risa, cómo el aváro está haciendo ascos del incontinente, y el incontinente mira con horror, y abominacion al aváro. Todo consiste en que aquel no padece los estímulos de la carne; y éste no adolece de la hydropica sed del oro. Cada uno de estos es de bronce por una parte, y de vidrio por otra; pero escusandose cada uno con su fragilidad propria, no advierte que el otro, por donde peca, tiene la misma disculpa. Si hiciésemos sobre esto la reflexion debida, no seriamos tan severos jueces de nuestros próximos. La ojeriza se convertiria en compasion, y lo que ahora enciende el odio, daría asunto à la caridad.

25 Es error comun el aplicar solo à determinadas especies de pecados la disculpa de la fragilidad humana. Esta, como transcendente en todas las pasiones, interviene en todo genero de deslices. No hay vicio, que no tenga su natural fomento en la complexion del individuo. Los desordenes, que mas distan de la parte racional, tienen su patrocinio en la sensible. Confieso, que no puedo comprender cómo en nuestra naturaleza caben genios tan aviesos, que se complacen en hacer à otros mal, sin que de ello les resulte algun sensible bien. Con todo es cierto que los hay, y tambien es cierto que obran asi, porque están dominados de esa villana inclinacion. Pues vé ahí la fragilidad. Si su maligno proceder no les produxese algun deleyte considerable, no se aventurarian à padecer el odio público.

26 Pero es bien se note, que aquellos hombres compuestos de vicios y virtudes, de quienes hemos hablado, aun en lo que parece por afuera, no son lo que parecen: quiero, decir, que aun las mismas virtudes que tienen, si bien se mira, no son propriamente virtudes, sino puras carencias de los vicios. Vé à Crysanto abstrahido de todo comercio con el otro sexò. ;Juzgas que es virtud? No, sino insensibilidad. Ningun estímulo le incita; y asi haz cuenta de

de que no tiene otra continencia, que aquella que es propia de un tronco. Si él se abstuviera por el temor de Dios, no tuviera tan poco cuidado con su conciencia en otros capitulos. Vés à Aurelio muy parco en comida y bebida. ¿Juzgas que es templanza? No, sino falta de apetito. Sucedele lo que à un febricitante, que no come mas, porque no puede. ¿No le vés engullir quanto puede, de hacienda y de dinero? Cree, pues, que si tuviera tan voráz el estomago como el corazon, fuera otro Heliogabalo.

27 Estos son hypócritas por complexion. Hace en ellos el temperamento lo que en otros el estudio. No es virtud la suya, sino una imagen de la virtud; pero imagen que formó, no el arte, sino la naturaleza.

28 Algunas veces oí decir, que en la Corte Romana, quando se trata de la Canonizacion de algun Santo, lo que mas prolixamente se examina, es el punto del desinterés; y una vez bien justificado este, por todos los demás se corre con mas velocidad. Prescindiendo de si es, ò no es así, me parece muy conforme à razon este modo de proceder por dos motivos. El primero, porque el desinterés no depende, ò depende muy poco, y remotisimamente del temperamento; y así se debe juzgar, que qualquiera hombre desinteresado lo es por virtud, y no por naturaleza. El segundo, porque esta virtud supone, ò infiere otras muchas. La razon es, porque como el dinero sirve à todos los vicios, siendo medio para el desahogo de todas las pasiones, es señal de que no está dominado de ellos quien no ama, y busca el dinero. Así la codicia es un vicio imperado de todos los demás vicios. El incontinente busca el dinero para saciar el torpe apetito: el guloso para la destemplanza: el ambicioso para lograr el ascenso: el vengativo para destruir à su enemigo, y así de los demás. Luego el que no ama el dinero, se debe hacer juicio de que carece de todos aquellos vicios. Tengase, pues, por regla segura de que el mejor indice de la virtud es el desinterés.

29 No obstante, los que tienen por unico fin la estimacion, y aura popular, sin ser virtuosos, son desintere-

sa.

sados. Es la vanagloria un vicio puesto en los confines de la virtud. Los antiguos Gentiles le creyeron dentro de sus limites. Ciertamente, en orden à la utilidad pública, produce los mismos efectos. El amante del aplauso en la guerra obra como el valeroso, en el Tribunal como el integro, en la fortuna próspera como el justo, en la adversa como el magnánimo. Es de creer, que mas Heroes dió à Grecia y Roma la ambicion de fama, que la virtud verdadera.

30 Son los idolatras del aplauso unos espiritus no buenos, pero grandes. Enamorados de la hermosura de la gloria humana, ò no adolecen de otras pasiones, ò se desdénan de sujetarse à ellas. Tambien en la república de los vicios hay distincion de clases, y algunos se atribuyen, aunque sin razon, la ventaja de nobles. Esta presuncion produce la utilidad de no mezclarse con otros mas villanos. Uno de estos es la codicia; y así se guardará bien el vanaglorioso de caer en esta torpeza.

31 Estoy persuadido à que si se averiguase exactamente el origen de quantas acciones heroicas se hallan en los Anales profanos, se contarian entre ellas muchas mas hijas del vicio, que de la virtud. Mas batallas ganó la ansia del premio, que el amor de la Patria. ¿O quantos triunfos se debieron à la emulacion, y la envidia! A Alexandro le estimulaba la gloria de Aquiles; à Cesar la de Alexandro; y Pompeyo, quando batallaba, mas presentes tenia las victorias de Cesar, que las Tropas del enemigo. Muchos hicieron cosas grandes por mucho mas criminales fines. Fabricaban del obsequio escala para la tyrania. ¿Quantos sirvieron à su República, para que al fin su República los sirviese; y la hicieron primero vencedora, para hacerla despues esclava! Esto era comun en los mas celebrados hombres de la Grecia. Por esta razon en Athenas llegaron à ser los servicios insignes à la República tan sospechosos, que por la ley del ostracismo eran castigados con destierro, como delitos.

32 Lo mismo que en el servicio de la República pasa en los obsequios hechos à particulares. Freqüentemente se

atris.